

Leo Panitch y Sam Gindin

La construcción del capitalismo global

La economía política del imperio estadounidense



Akal / Cuestiones de antagonismo / 84

Leo Panitch y Sam Gindin

La construcción del capitalismo global

La economía política del imperio estadounidense

Traducción: José María Amoroto Salido

La expansión y dominio absolutos del capitalismo global desde principios del siglo XXI ha sido generalmente atribuida a la superioridad de los mercados competitivos. La globalización se nos aparecía como el resultado natural de este proceso imparable. Pero a día de hoy, con unos mercados globales cada vez más turbios y dependientes de la intervención estatal para mantenerse a flote, se ha hecho evidente que mercados y estados no son fuerzas opuestas.

En este trabajo pionero, Leo Panitch y Sam Gindin demuestran la íntima relación entre el capitalismo actual y el Estado estadounidense, en especial en el papel de «imperio informal» que promueve el libre comercio y los movimientos de capital. A través de un potente análisis histórico y estadístico, muestran cómo EEUU ha supervisado la reestructuración de otros estados en beneficio de mercados competitivos, así como coordinado la gestión de unas crisis financieras cada vez más frecuentes.

A través de un análisis sorprendentemente original de la primera gran crisis económica del siglo XXI, esta obra relaciona e identifica la actual crisis con la centralidad de los conflictos sociales que se producen en el seno de los estados, y entre los propios estados; fallas emergentes que alumbran la posibilidad de unos nuevos movimientos políticos que transformen los estados-nación y trasciendan los mercados globales.

«Una guía lúcida e imprescindible por la historia y la práctica del imperio estadounidense.»

NAOMI KLEIN

«Leo Panitch y Sam Gindin nos ayudan a ver hasta qué punto la construcción activa del capitalismo global es soslayada en las explicaciones al uso. Un libro magnífico.»

SASKIA SASSEN

«Análisis absolutamente esclarecedor de la formación, mediante la organización de un sistema financiero globalizado bajo

hegemonía estadounidense, de un capitalismo de escala mundial... Lectura obligada para toda persona preocupada por qué nos puede deparar el capitalismo en un futuro inmediato.»

DAVID HARVEY

Leo Panitch ostenta la Canada Research Chair en economía política comparada. Es, asimismo, Distinguished Research Professor de ciencias políticas en la Universidad de York (Canadá). Editor durante 30 años de *Socialist Register*, entre sus obras destacan *Working Class Politics in Crisis*; *The End of Parliamentary Socialism*; y *American Empire and The Political Economy of Global Finance*.

Sam Gindin ha sido director de investigación del sindicato canadiense Canadian Autoworkers Union y Packer Visiting Chair en justicia social de la Universidad de York, Entre sus publicaciones destaca *In and Out of Crisis: The Global Financial Meltdown and Left Alternatives* (con Greg Albo y Leo Panitch).

Diseño de portada
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original

The Making of Global Capitalism. The Political Economy of American Empire

© Leo Panitch y Sam Gindin, 2012, 2013

© Ediciones Akal, S. A., 2015
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4233-4

A Melanie y Schuster

Prefacio

Este libro trata de la globalización y el Estado. Muestra que la propagación por todo el mundo de los mercados, valores y relaciones sociales capitalistas, lejos de ser un resultado inevitable de unas tendencias económicas inherentemente expansionistas, ha sido consecuencia de la actuación de unos Estados, y de uno de ellos en especial: el Estado estadounidense. Ya que la relación entre este Estado y las cambiantes dinámicas de la producción y las finanzas quedó inscrita en el propio proceso que se conoce como la globalización, este libro está dedicado a entender el proceso que llevó al Estado estadounidense a desarrollar el interés y la capacidad para supervisar la construcción del capitalismo global. En este aspecto hay que dejar claro que este *no* es otro libro sobre las intervenciones militares estadounidenses, sino sobre la economía política del imperio estadounidense. En este Estado imperial, absolutamente singular, el Pentágono y la CIA han sido mucho menos importantes para el proceso de globalización capitalista que el Tesoro y la Reserva Federal. Esto es así no solo por lo que se refiere al respaldo a la penetración y emulación en el exterior de las prácticas económicas estadounidenses, sino en relación a su papel mucho más general para fomentar el libre movimiento del capital y el libre comercio, por un lado, y para tratar de contener las crisis económicas internacionales que genera un capitalismo global, por el otro.

El libro ha tenido una larga gestación. Realmente se podría decir que sus orígenes se remontan a la estrecha amistad que forjamos en la universidad a principios de la década de 1960. Esta amistad tenía sus raíces en muchos intereses comunes, pero especialmente en la mutua conciencia de lo mucho que el materialismo histórico nos ayudaba a entender el mundo. Pronto llegamos a apreciarlo no en términos de inquebrantables leyes económicas y del desarrollo de un llamado capitalismo monopolista, sino más bien porque revelaba cómo la constante competencia y el conflicto de clase –y las contradicciones que originaban– no solo determinaban, sino que también estaban determinados por las acciones de los Estados capitalistas. Esta perspectiva resultó muy valiosa cuando pasamos a trabajar uno en el mundo académ-

mico y el otro en el movimiento sindical; siempre sacando fuerzas de esta duradera amistad a lo largo de cinco décadas.

Fue hace algo más de una década cuando nos pusimos a trabajar en este libro, un proyecto que en buena parte fue posible por los fondos aportados por el Consejo de Investigación de Ciencias Sociales y Humanidades de Canadá y por las respectivas posiciones que teníamos como catedrático de Economía Política Comparativa y como Profesor Invitado de la cátedra Packer de Justicia Social en la Universidad de York. Parece injusto señalar nuestro agradecimiento solamente a los colegas y al personal de la notable comunidad intelectual que forma el Departamento de Ciencias políticas de la Universidad de York. Fue allí donde se generaron muchas de nuestras ideas y donde se presentaron y debatieron por primera vez los resultados de la investigación, especialmente en una serie de seminarios sobre el imperio. Las discusiones con estudiantes del curso para graduados sobre la Globalización y el Estado también fueron extremadamente valiosas. Por sus contribuciones especialmente importantes en los equipos de investigación, que hicieron que nuestro trabajo en este libro fuera tan productivo, debemos un agradecimiento especial a Martijn Konings, Travis Fast, Ruth Felder, Eric Newstadt y David Sarai; Scott Aquanno, Brad Bauerly, Aidan Conway, Tom Keefer, Adam Schachhuber, Mike Skinner y Sean Starrs; así como a Khashayar Hooshiyar, Frederick Peters y Angie Swartz.

Además de las estimulantes interacciones con tantos de nuestros colegas en York cuyo trabajo se solapa con el nuestro, este libro también se ha beneficiado de discusiones celebradas durante años con Giovanni Arrighi, Patrick Bond, Dick Bryan, Vivek Chibber, Jane D'Arista, Gérard Duménil, Peter Gowan, John Grahl, David Harvey, Ursula Huws, Gretta Krippner, Michael Lebowitz, Jim O'Connor, Fran Piven, Lukin Robinson, William Robinson, Chris Rude, Ellen Russell, Susanne Soederberg y Thomas Sablowski, que forman parte de una lista demasiado larga de incluir. Por encima de todo agradecemos las contribuciones al libro que hizo nuestro querido amigo Colin Leys: su detallada lectura, su generosa alabanza, agudo criticismo y perspicaces sugerencias para cada uno de los capítulos fueron inestimables. Los comentarios sobre el manuscrito de Greg Albo, Scott Aquanno, Doug Henwood, Martijn Konings, Donald Swartz y Alan Zuege también fueron muy enriquecedores, igual que los de Adam Hilton, Justin

Panos, Steve Maher y Bob Froese en su ayuda preparando el manuscrito final y la Bibliografía. El gran interés de Sebastian Budgen y Jake Stevens por publicar el libro y el minucioso trabajo de Mark Martin y sus colegas de Verso a la hora de prepararlo para la publicación también merecen una mención especial, al igual que el esfuerzo de Anne Sullivan para divulgarlo.

Finalmente, estamos agradecidos por el apoyo de nuestras mujeres e hijos durante la década que duró la elaboración del libro. Mucho antes de que empezáramos a trabajar en él, Melanie Panitch y Schuster Gindin solían decir a menudo que realmente nos teníamos que haber casado nosotros dos. Sin duda hubo momentos durante la década pasada en que desearon que así hubiera sido, pero realmente fue su amor y su aliento el que nos dio fuerzas todos los días; incluso su impaciencia por verlo acabado fue un estímulo más. A ellas está dedicado este libro.

Leo Panitch y Sam Gindin
Toronto, mayo de 2012.

Introducción

A principios del siglo XXI el capitalismo se extendía por todo el planeta. El discurso de moda de la «globalización» hablaba vagamente de eso, aunque se ofrecían pocas explicaciones convincentes sobre qué era lo que la había producido. En buena parte ello se debía a la equivocada idea de que al volverse globales los mercados capitalistas estaban escapando, dejando a un lado o reduciendo el papel del Estado. Esto se consideraba cierto para todos los Estados, incluso para los más poderosos e incluyendo al Estado estadounidense[1]. Al plantear que la construcción del capitalismo global no puede entenderse en esos términos, este libro busca trascender la falsa dicotomía entre Estados y mercados y afrontar la intrincada relación entre los Estados y el capitalismo.

A diferencia de aquellos que han hecho hincapié en la marginalización de los Estados, nuestro argumento afirma que es necesario situar a los Estados en el centro de la búsqueda de una explicación sobre la construcción del capitalismo global. El papel de los Estados a la hora de mantener derechos de propiedad, supervisar contratos, estabilizar monedas, reproducir relaciones de clase y contener crisis siempre ha sido fundamental para el funcionamiento del capitalismo. Lejos de las pretensiones de las empresas multinacionales, que encuentran conveniente tener un mundo «poblado por pequeños Estados o directamente sin Estados», estas empresas dependen de *muchos* Estados que se ocupen de que esas cosas se hagan[2].

El Estado estadounidense ha desempeñado un papel excepcional en la creación de un capitalismo completamente global y en coordinar su gestión, así como en la reestructuración de otros Estados con estos fines. Aunque también ha habido una cierta renovada actualización del término «imperio» para designar a Estados Unidos, las prácticas imperiales del Estado estadounidense se presentan habitualmente acompañadas del declive económico y se explican en términos de defensa frente a los desafíos de Estados rivales[3]. Sin embargo, la realidad es que fue la inmensa fortaleza del capitalismo estadounidense la que hizo posible la globalización, y lo que dio lugar al carácter distintivo de su Esta-

do fue su decisivo papel para gestionar y supervisar el capitalismo a escala mundial[4].

Las perspectivas de Adam Smith o Karl Marx sobre el ADN del capitalismo a menudo han llevado a la gente a imaginar que la globalización no es más que un inevitable resultado de las tendencias estructurales hacia la expansión que incorpora el capitalismo. Sin embargo, la propagación del capitalismo por todo el mundo no fue el resultado automático de la actuación de cualquier «ley» histórica; fue realizada por agentes humanos y por las instituciones que ellos crearon, aunque no fueran ellos los que eligieran las condiciones. Ahora se ha convertido en un lugar común el alabar a Marx, en particular por reconocer que el impulso competitivo del capital le llevaba a «anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear conexiones en todas partes», de manera que «en lugar de la vieja reclusión y autosuficiencia local y nacional tenemos relaciones en todas direcciones, una universal interdependencia de las naciones». Sin embargo, rara vez se cita la no menos perspicaz perspectiva de Marx de que, aunque las barreras nacionales se ven «constantemente superadas», «constantemente se postulan» otras nuevas[5].

A finales del siglo XIX se pudo estar cerca de realizar las tendencias globalizadoras del capitalismo cuando, como decía Karl Polanyi, «solamente un loco hubiera dudado de que el sistema económico internacional era el eje de la existencia material de la raza humana»[6]. Sin embargo, la primera mitad del siglo XX – marcada como estuvo por la rivalidad capitalista interimperial, las guerras mundiales, las crisis económicas y el proteccionismo del Estado– dolorosamente sugería que, lejos de ser inevitables, los mismos procesos de la globalización capitalista producían tales síntomas malsanos para la humanidad, y por ello tales contratendencias, como para hacer que la realización de un capitalismo global fuera bastante poco probable. Como ha sostenido Philip McMichael, la globalización es «inmanente en el capitalismo, pero con unas relaciones materiales (sociales, políticas y medioambientales) totalmente distintas en el tiempo y en el tiempo-espacio [...] La globalización no es simplemente el despliegue de unas tendencias capitalistas, sino un distintivo proyecto histórico modelado, o complicado, por las contradictorias relaciones de episodios previos de globalización»[7].

El que las tendencias globalizadoras del capitalismo revivieran a partir de 1945, durante la «edad de oro» de la posguerra, tiene mucho que ver con la manera en que los Estados capitalistas de Europa y Japón fueron reestructurados bajo la tutela del Estado estadounidense. Y aunque la inestabilidad económica de la década de 1970 demostraba que las crisis capitalistas de ningún modo eran cuestión del pasado, el grado de integración entre los Estados capitalistas avanzados les condujo –a diferencia de lo sucedido en la década de 1930– a estimular la aceleración de la globalización capitalista, en vez de refrenarla. Esto pronto incluyó ayudar a convertir a los antiguos países comunistas, así como a los del Tercer Mundo, en «Estados con mercados emergentes». Todavía está por ver en qué acabará la primera gran crisis económica del siglo XXI, que empezó con una crisis financiera en Estados Unidos en 2007; pero resulta especialmente notable la fuerza del compromiso entre los Estados –ahora ampliado desde el G7 al G20– para evitar el proteccionismo, así como su cooperación con el Estado estadounidense para contener las crisis de manera que siga en marcha la globalización capitalista.

Los Estados en la construcción del capitalismo global

Los temas centrales de este libro son cómo surgió el capitalismo global y cuál es la naturaleza del imperio estadounidense que lo supervisa actualmente. Pero antes de esbozarlos hay que señalar unas cuantas cuestiones en relación al Estado y al capitalismo y al imperio y el imperialismo. En la obra de la mayor parte de los economistas, el capitalismo se considera prácticamente como un sinónimo de los mercados. Sobre esa base, la globalización es en esencia la extensión geográfica de los mercados competitivos, un proceso que depende de la eliminación de las barreras estatales a la competencia y de la superación de la distancia por medio de la tecnología. Los estudiosos de la política, por su parte, han considerado por lo general que los mercados no son naturales, sino que se tienen que crear, y que en ese proceso los Estados son actores fundamentales; sin embargo, pocas veces examinan en profundidad las maneras en que este proceso ha sido modelado por las intersecciones de las relaciones sociales capitalistas y las dinámicas de la acumulación de capital.

La mutua constitución de Estados, clases y mercados ha sido el principal centro de atención de los economistas políticos que han trabajado dentro de un marco materialista-histórico, pero a menudo se han visto obstaculizados por las inclinaciones del marxismo a analizar la trayectoria del capitalismo como si se derivara de unas abstractas leyes económicas[8]. Las categorías conceptuales que desarrolló Marx para definir las relaciones estructurales y las dinámicas económicas que son distintivas del capitalismo pueden ser enormemente valiosas, pero solamente si sirven para guiar un entendimiento de las elecciones que se hacen y de las instituciones específicas que son creadas por parte de actores históricos específicos. Partiendo de intentos anteriores por desarrollar sobre esa base una teoría del Estado capitalista, este es el planteamiento que guía este estudio del papel del Estado estadounidense en la construcción del capitalismo global[9].

Una de las características definitorias del capitalismo, comparado con las sociedades precapitalistas, es la diferenciación legal y organizativa entre el Estado y la economía. Esto no significa decir que nunca hubo nada parecido a una separación real entre las esferas política y económica del capitalismo. La distinción entre *diferenciación* y *separación* es tan importante porque a medida que el capitalismo desarrolló Estados de hecho se vio más implicado que nunca en la vida económica, especialmente en el establecimiento y administración del marco jurídico, regulador e infraestructural, en el que la propiedad privada, la competencia y los contratos llegaron a actuar. Los Estados capitalistas también fueron actores cada vez más importantes para tratar de contener las crisis capitalistas, incluyendo su papel de prestamistas de última instancia. El capitalismo no se hubiera podido desarrollar y propagar a no ser que los Estados pasaran a realizar esas funciones. A la inversa, los Estados se volvieron cada vez más dependientes del éxito de la acumulación de capital en cuanto a los ingresos fiscales y a la legitimidad popular.

Una cosa es decir que el capitalismo no hubiera podido existir a no ser que los Estados hicieran determinadas cosas, pero lo que los Estados hicieron en la práctica, y bien que lo hicieron, es el resultado de complejas relaciones entre los actores sociales y el Estado, del equilibrio de las fuerzas de clase y, no menos importante, del alcance y carácter de las capacidades de cada Esta-

do. Los Estados capitalistas han desarrollado diversos medios para promover y orquestar la acumulación de capital, así como para anticipar problemas futuros y contenerlos cuando surgen, y esto a menudo ha quedado plasmado en distintivas instituciones con conocimientos especializados. En estos términos es como debemos entender la «relativa autonomía» de los Estados capitalistas: no como si estuviera desconectada de las clases capitalistas, sino más bien como las capacidades autónomas que tienen para actuar en nombre del sistema en conjunto. En este aspecto, los funcionarios y políticos –cuyas responsabilidades son de un orden diferente al de obtener un beneficio para una empresa– están mejor situados que los capitalistas para ver el bosque que forman los árboles. Pero lo que estos Estados puedan hacer de manera autónoma, o hacer en respuesta a presiones sociales, está en última instancia limitado por su dependencia del éxito de la acumulación de capital. Por encima de todo, ahí es donde se encuentra el carácter relativo de su autonomía.

El desarrollo capitalista fue inseparable de la profundización de los lazos económicos dentro de particulares espacios territoriales y, de hecho, de los procesos a través de los cuales anteriores Estados precapitalistas construyeron y expandieron sus fronteras y definieron las modernas identidades nacionales^[10]. La diferenciación entre el Estado y la economía, que fue un aspecto clave del distanciamiento entre el gobierno político y la estructura de clase en el capitalismo, permitió finalmente la organización de los intereses de clase y su representación frente a clases opuestas y al Estado. A medida que capitalistas, agricultores y trabajadores desarrollaron distintivas instituciones, la arbitraria autoridad de los Estados se vio limitada, pero al mismo tiempo sus competencias aumentaron. Un aspecto de esto fue el establecimiento del Estado de derecho como un marco político liberal para la propiedad, la competencia y los contratos. Otro fue la creación de organismos especializados que facilitarían la acumulación mediante la regulación de los mercados. Y otro más fue el establecimiento de la democracia liberal como la forma del Estado capitalista, aunque no se alcanzara de cualquier manera estable ni siquiera en los Estados capitalistas avanzados hasta la segunda mitad del siglo xx.

Como parte de la diferenciación entre las esferas política y económica, determinados capitalistas ampliaron el alcance de su

actividad más allá de las fronteras territoriales de sus respectivos Estados. En la medida en que los Estados a menudo animaron y apoyaron esta actuación, siempre había una dimensión específicamente nacional en los procesos de internacionalización del capital. Y a medida que la interacción con el capital extranjero afectaba a fuerzas sociales domésticas, a su vez contribuyó a generar esa combinación de presión interna y externa que llevó a los Estados a aceptar una cierta responsabilidad por la reproducción internacional del capitalismo. Como veremos más adelante, en este sentido es como principalmente podemos hablar con propiedad de la «internacionalización del Estado»[\[11\]](#).

Por ello es una equivocación asumir una irresoluble contradicción entre el espacio internacional de la acumulación y el espacio nacional de los Estados. Más bien, cuando se observa el papel que han desempeñado siempre los Estados en el escenario económico internacional, necesitamos preguntarnos hasta qué punto sus actividades han sido consistentes con la extensión internacional de los mercados capitalistas y también consistentes con las acciones de otros Estados. Desde luego, algunos Estados han desempeñado un papel mucho mayor que otros en este aspecto y en la construcción del capitalismo global ninguno ha tenido un papel mayor que el Estado estadounidense.

Capitalismo e imperio informal

La milenaria historia de los imperios, considerada como el dominio político sobre amplios territorios, se vio fundamentalmente trastocada por la diferenciación bajo el capitalismo entre el Estado y la economía. Antes de finales del siglo XVIII todos los imperios habían combinado el control económico con el control militar y político. Le correspondió a Gran Bretaña, donde la diferenciación entre la economía y el Estado estaba más avanzada, el desarrollar una concepción del imperio basada tanto en la expansión e influencia económica –el «imperialismo del libre comercio»– como en el control militar y político sobre los territorios de ultramar[\[12\]](#). Este prototipo de «imperio informal» desde luego no señaló el fin de la expansión territorial, de la conquista militar y del colonialismo. Bien entrado el siglo XX, la competencia capitalista internacional todavía iba acompañada del formal do-